

La mansión Manfred

AUTOR

Antonio Buzarra sagasti

LA MANSIÓN MANFRED

Prólogo

No, realmente no sé por qué ocurren las cosas. Ni a qué se debe que entre el infinito abanico de opciones de la vida, se realice una u otra elección. De lo que estoy completamente seguro es de que si conociéramos de antemano las consecuencias de nuestras acciones, según la opción elegida, la vida sería una experiencia horrible que nadie querría vivir. Cada decisión asumida, cada posibilidad ponderada hasta sus últimas consecuencias, sería un agobio, un constante desgarró de nuestra conciencia en qué, cómo, y porqué. Por eso declaro: bendita sea la ignorancia. No digo que no tengamos que ser conscientes de nuestras acciones, pero no hasta ese extremo. Por eso, aquella mañana en que me dirigía como de costumbre a casa de mi amigo Andrés, no tenía la menor idea de la aventura que nos esperaba. Ahora que ya ha pasado, no dejo de preguntarme por las infinitas consecuencias que hubieran podido derivarse de aquel hecho casual. ¿Y si no hubiéramos jugado?, ¿y si no le hubiera dado a la pelota?, ¿y si la hubiéramos dado por perdida?, ¿y si...?, ¿y si...? Preguntas y más preguntas que no puedo responder; es más, que no quiero responder. Realmente, una vez acontecido me reafirmo en la sabiduría de la vida que nos la da a tomar sorbito a sorbito según la necesitemos, sin agobiarnos con tragos largos o desmesurados.

Capítulo primero

LA LLAVE

Un grito de júbilo atronó en la pradera mientras que en la torre del cercano pueblo de Pinkerville, el reloj daba la última campanada de las doce, ahuyentando a los pájaros que normalmente residen en su atalaya. El chillido había salido de la garganta de mi amigo Andrés que, rojo de alegría, descargaba así su euforia.

–¡Maldita sea! –bramé acalorado mientras mi ego mancillado intentaba resistirse a la evidencia–. ¡Otra vez! ¡Otra vez, no! –grité abatido. Mantenía los brazos pegados al cuerpo y la mirada fija en el suelo. La rabia de la impotencia surgió de mi interior para gritar: “¡Maldita sea su suerte!”. El revés de mi compañero de juego me había sacado de la pista, apuntándose el punto de set.

El día era espléndido. Los rayos del astro rey caían implacables sobre la campiña. En el cielo, ese mismo sol brillaba radiante con todo su esplendor. La suave llovizna de la mañana había perfumado el ambiente con un agradable olor a hierba recién cortada. Sólo a lo lejos, sobre el horizonte, unas pequeñas nubes amenazaban la brillantez de aquel mediodía.

Como todos los sábados, Andrés y yo nos divertíamos jugando al *pimtenis* en el exterior de la Casa Manfred, una mansión del siglo doce que a lo largo de su existencia había pasado por muchas etapas. Construida como castillo, pasó a ser un palacio fortificado manteniendo algunas de sus torres defensivas del medievo, para convertirse, tras varias e importantes reformas, en la casa solariega que era ahora, hogar insigne de los vizcondes de Agrotán, una familia con un linaje bastante peculiar. Su estirpe no había sido producto del merecimiento de grandes honores por una gran heroicidad en alguna batalla transcendental, más bien había sido grotesca y estrambótica.

Todo había comenzado un día del año del Señor de 1145, durante una de tantas rencillas entre los reyezuelos del lugar, cuyo motivo nadie lograba recordar. Desgraciadamente, nadie recordaba tampoco el número de muertos que su ego había producido, y mucho menos el nombre de aquellos pobres desgraciados. Cualquier tontería, rabieta o diferencia, agrandada por su vanidad y estupidez, acababa normalmente en guerra. Aquella en particular había sido provocada por una disputa acerca de unos terrenos de caza. Cada uno se arrogaba el derecho de propiedad y disfrute de una minúscula zona de bosque. No porque fuera el mejor, sino por la estúpida pretensión de fastidiar a los demás ya que tenía que ser únicamente suyo. El resultado era siempre el

mismo, las levadas entre los campesinos eran efectuadas por los mercenarios de cada uno de los señores. Conseguían así un pequeño ejército sin preparación ni motivación que el uno lanzaba contra el otro como si de un juego de ajedrez se tratara.

Mientras los pobres campesinos eran masacrados, los reyezuelos se divertían desde cualquier promontorio, a veces juntos, observando el desarrollo de la contienda. Pues bien, en un momento de la refriega, el caballo preferido del cuarto rey de una oscura dinastía, su majestad Vincent II, se asustó y se dirigió hacia el campo de batalla con el considerable disgusto de su tenebrosa majestad. Uno de los combatientes se dio cuenta y agarrándolo por las bridas consiguió alejarlo del peligro. El afortunado combatiente era un antepasado de mi amigo Andrés. Ante tan asombrosa hazaña, y en agradecimiento por el valor demostrado, fue nombrado vizconde. A falta de un nombre glorioso, a su iluminada majestad Vincent II se le ocurrió concederle el honor de llamarle como al caballo que había salvado, Agrotán. Es decir, había nacido el vizconde de Agrotán. Aquel nombramiento no tenía peculio asignado, pero sí llenó de honores a su antepasado. Gracias a ellos y a alguna que otra intriga, uno de sus descendientes había comprado la casa en la que mi amigo Andrés, decimonoveno vizconde de Agrotán, y yo estábamos jugando, cuyas viejas piedras habían sido testigos de mi abatimiento al perder el último juego.

Hacía ya varios años que pasábamos juntos los fines de semana en la mansión Manfred que estaba situada a unas tres millas de la pequeña localidad de Pinkerville, donde yo residía. A mí, aquellas reuniones me permitían rebajar un poco la presión diaria del trabajo, ya que debía trabajar para mi sustento como un mortal más. Pero para mi amigo la cosa era bien distinta, las reuniones de fin de semana y los juegos en los que nos zambullíamos eran una imperiosa necesidad para poder quitarse así la presión del “no saber qué hacer”.

Andrés y yo habíamos crecido juntos. Juntos habíamos realizado nuestros primeros balbuceos con la cultura en el colegio San Cosme de los Hermanos Maristas. Juntos hicimos nuestros primeros escauceos con el bello sexo en el instituto, incluso estudiamos juntos en la misma universidad, y casi a la vez conocimos a nuestras prometidas. Anny era la novia de Andrés, dos años mayor que él, morena y muy inteligente. Dos ojos negros iluminaban su cara como dos faros en mitad de la noche, su cuerpo delgado y de un metro setenta, envuelto casi siempre en ropa informal y sensual. Marta era mi musa, mi alma gemela, el báculo en el que me apoyaba en los malos momentos. Completamente distinta a Anny en su aspecto físico, solamente compartían una inteligencia superior. Su melena

pelirroja parecía una antorcha constante en su cabeza, sus ojos verdes tenían la mirada noble y limpia de la que me había enamorado.

Precisamente en aquel momento las dos estaban en un seminario de trabajo que duraría un mes. El citado seminario se celebraba en una ciudad bastante lejana, motivo por el cual habían decidido no volver hasta que hubiera acabado. Mientras, Andrés y yo perdíamos el tiempo jugando al *pimtenis*.

A pesar de nuestra amistad, nuestra posición social era bien distinta. Su familia era noble y como suele decirse “de posibles”. En cambio, mi procedencia, o mi linaje en el lenguaje de la nobleza, era del “vulgo”.

El motivo por el que Andrés y yo llegamos a ser amigos fue realmente curioso. Un día, el decimoctavo vizconde de Agrotán necesitó realizar unos arreglos de carpintería en la Casa Manfred. Éste tenía negocios en la ciudad de Aston, donde había nacido mi padre y a la sazón ejercía de carpintero. Recomendado por sus socios en la ciudad, le propuso el trabajo y mi padre accedió. Así fue como se trasladó a Pinkerville donde conoció a mi madre y nació yo. Había surgido una relación laboral que con el tiempo pasó a ser verdadera amistad. Consiguió con mucho esfuerzo que su hijo llegara a la universidad y así pudo realizar su sueño en mí. Después de la universidad, y tras mucho trabajo y voluntad, alcancé el puesto de ejecutivo en una empresa de ámbito nacional.

Pero volvamos a mi amigo Andrés, cuyo mérito fundamental era el haber heredado el título de vizconde de Agrotán, aunque para ello hubo de fallecer su padre. Desde entonces su trabajo consistió en ejercer de vizconde. La diferencia social nunca había influido en nuestra sincera confraternidad.

Aquel fin de semana fue un poco especial. Era el primero que íbamos a pasar solos, sin la agradable compañía de nuestras almas gemelas debido a su trabajo, por lo que podíamos dar rienda suelta a nuestros más primitivos instintos, sin tener que estar decorosos y encorsetados ante la presencia de las chicas.

Al igual que la temperatura atmosférica, la del juego aumentaba a cada golpe de raqueta. Un sonido gutural salía de nuestras gargantas cada vez que atizábamos a la pelota con fuerza. Hacía ya un rato que peloteábamos sin cesar, disputándonos el punto, por lo que el cansancio iba haciendo mella en nosotros. A pesar de ello, poníamos el alma en cada golpe para derrotar, ¡qué digo derrotar!, humillar al contrincante, ese era el objetivo. El *pimtenis*, que así llamábamos a aquel juego, consistía en algo muy parecido al tenis; golpeábamos una pelota por encima de una red con las limitaciones de un espacio bien marcado. Pero al practicarlo en un campo la mitad de extenso que uno normal, las pelotas

eran también la mitad, de ahí el nombre de *pimtenis*. Las reglas y las palas con las que jugábamos eran las de *ping-pong* y la pelota era del mismo material que las de tenis.

Pasaban unos minutos de las doce y ninguno de los dos destacaba sobre el otro. Como prueba, el marcador lo explicaba notablemente, quince a quince en el primer juego del segundo set. Seguimos, y tras conseguir marcar veinte, mi amigo Andrés sacó con rabia la pelota; apenas pude responder a su golpe, lo que aprovechó para dar con furia un *drive*. Por escasos milímetros salió fuera, para su decepción y mi gozo. Debido a la velocidad adquirida, dio un gran bote en la pista yendo a golpear con fuerza en la vieja pared de la Casa Manfred, con tan mala fortuna que se quedó enganchada en uno de los muchos recovecos que tenía la noble y vieja pared de la casa familiar. Rápidamente los dos dirigimos la mirada hacia ella. La pelota había quedado en una oquedad de la pared, a unos dos metros y medio del suelo. Podíamos perfectamente haberla dejado allí y seguir con otra, pero la rivalidad en el juego, tan grande como nuestra amistad, no nos lo permitía. Tras una mirada de desafío echamos a correr en dirección a la casa. Al llegar, nos detuvimos, y tras observar dónde se encontraba, nos bastó una ojeada para lanzarnos un reto y, cada uno por su lado, emprender la ascensión por la pared para alcanzar la pelota el primero. La subida no era fácil. Las grietas que había entre las piedras del murallón no eran muy amplias. Además, la notable degradación de la roca, debido a los años y a las inclemencias del tiempo, no facilitaba la tarea. Pero nuestra juventud y la preparación física que habíamos mantenido durante años nos ayudó lo suficiente como para alcanzar la pelota. Andrés llegó primero, fue por un escaso y miserable segundo, pero suficiente como para que sus risotadas por haberme vencido se oyeran en Pinkerville. Cogió rápidamente la pelota y la elevó sobre su cabeza, mientras gritaba:

—¡Mía, es mía, he ganado!

Se volvió hacia mí para regodearse con mi derrota. Su amplia sonrisa y el gesto alegre de su cara, exultante de satisfacción, mostraban cómo disfrutaba plenamente su victoria. Aquella rivalidad existía entre nosotros desde siempre. Ya de párvulos disputábamos en la guardería por los mismos juguetes. Luego, en la pubertad, las apuestas se producían por cualquier tontería, desde quién escupía más lejos a quién llegaba antes a cualquier sitio. En la adolescencia fue la conquista de las compañeras de clase y así hasta la actualidad en que con la cabeza ya más asentada nos limitamos a juegos como el que en ese momento estábamos disputando. Durante todos esos años, sin embargo, era quizás esa rivalidad lo que había hecho aumentar y consolidar nuestra amistad.

Pero ahora estábamos colgados en aquella pared, a dos metros y medio del suelo. Resignado, escuchaba las estridentes risotadas de mi amigo mientras mantenía la pelota, símbolo de su victoria, en la mano. No sé por qué, ni qué instinto me llevó a fijar la mirada en el hueco donde se había quedado. Quizás fuera el desánimo de haber sido vencido por tan sólo un segundo. O quizás por rabia. Pero el caso es que al hacerlo, tras una rápida ojeada, descubrí que aquello no era una degradación más en la pared, sino que era un trozo de piedra que se había desprendido de otra algo mayor, y que detrás ocultaba un hueco. Sin hacer caso de las palabras y risotadas de Andrés, que seguía vanagloriándose por su victoria, quité el resto de la piedra y ante mis ojos apareció un pequeño nicho de unos treinta por treinta centímetros y más o menos de la misma profundidad. Inmediatamente noté como una sombra en el fondo. Entre el musgo y la negrura de la roca, fruto de tantos siglos de humedad, una extraña prominencia me llamó la atención. Mis ojos escudriñaron el hueco y confirmaron mi convicción, allí había algo. Decidido, metí la mano para poder palpar aquella “anormalidad” no sin cierto recelo, ya que no era la primera vez que un hueco en la pared o en un árbol podía servir de madriguera para cualquier animal salvaje. Aún tengo el amargo recuerdo de cuando en otra expedición en busca de palomas, lo que encontramos fue toda una nidada de murciélagos que casi hicieron que diera con mis huesos en el suelo. Intentando aparentar valentía y decisión introduje mi mano y empecé a palpar el hueco. Mis dedos pudieron notar unos pequeños surcos en las paredes. Saqué la mano y en otro vano intento pretendí observar con la mirada aquellas pequeñas hendiduras. Fútil tentativa, la oscuridad del interior me impedía ver nada con claridad por lo que volví a meter la mano y comencé a hurgar mientras limpiaba como podía la pared. Pronto me di cuenta de que eran una especie de inscripciones que estaban por todo el hueco. Partían del interior al exterior de las paredes, como líneas de escritura, mientras que una especie de dibujo en bajorrelieve cubría el fondo por completo. Aquello me extrañó. Aquellas inscripciones, o lo que fueran, estaban allí con alguna intención. Nadie se toma tantas molestias para ocultar algo que no sea importante. Así que le dije a mi amigo con sorna, como para presumir del hecho de que él no se hubiera dado cuenta de algo que yo había descubierto:

–¡Vaya!, ¿también han llegado hasta aquí los grafiti?

–¿Qué dices? –me contestó sonriendo con cara de incredulidad.

–Pues que alguien se ha entretenido estropeándote tu linda pared –contesté yo devolviéndole la sonrisa–, mira lo que pone.

Entre el musgo y la tierra de tantos años se podían adivinar unas palabras en latín que no desvelaban frases enteras sino partes de ellas o sílabas sueltas.

–*Intra..., septe..., annis..., la us* –balbuceé.

Hacía ya muchos años que no leía en latín, desde que los hermanos maristas nos obligaban a leer a los clásicos, como Catón el Viejo, Julio César, o, cómo no, Plinio el Viejo.

Andrés, más por curiosidad que por preocupación, miró el interior del agujero, hacia donde yo le estaba indicando. Sus ojos escudriñaron la piedra. Allí otra inscripción acompañaba a la primera: “*In die Domini..., duodecim Octobris anno..., MCCXXX*”.

–Oye, ¿qué año es éste? –exclamó interrumpiendo su tartajante lectura.

Miré donde me señalaba y dije un tanto despreocupado:

–Yo qué sé, puede...

–*Henricus IV...* –me interrumpió para acabar la frase–, *designatus est Perfectus..., in posterum..., per Convenenzae receptionem..., et Consolamenti acceptionem..., a Perfecto Monforte.*

–Pues sí, llevas razón –comentó Andrés mientras ojeaba el resto del interior. Y añadió–: Aunque yo no me preocuparía. Bastante perturbado estará el que lo ha hecho. Mira que escalar dos metros y medio para venir a escribir en esta abertura...

Y sin dejar de sonreír me devolvió la mirada. Su rostro, con aquellos ojos bien abiertos y una sonrisa de oreja a oreja, sólo mostraba la euforia de haberme ganado, para nada había en él una sombra de preocupación.

–Bueno, vámonos o tendremos que quedarnos a hacer noche aquí –exclamó con sorna.

Resignado me rendí a la evidencia y me dispuse a bajar.

Estábamos a punto de comenzar el descenso por la pared cuando algo me llamó la atención. A la derecha del boquete, entre el musgo de los años, había algo que no encajaba allí. Era un resalte como de color rojo pardo, el tono de la herrumbre del hierro. Con el mismo resquemor que al principio, por si algún animal se hubiera refugiado allí, me enrollé el pañuelo en ella y metí la mano con precaución. Mis dedos fueron palpando la superficie fría de la piedra mientras avanzaban hacia el extraño cuerpo. Rocé con suavidad aquel bulto. Para mi tranquilidad aquello no se movió. “Entonces no es un animal”, pensé con un gesto de tranquilidad.

Quitó con inquietud la suciedad y el musgo de siglos y lo que descubrí me dejó cuanto menos, estupefacto. Una antigua llave colgada de un roñoso clavo apareció ante

mis ojos. La herrumbre y la oscuridad habían hecho que llevara muchos años oculta a la vista de la gente. Movido por la curiosidad y lo enigmático de su presencia allí, la cogí con cuidado y la saqué a la luz. Para mi sorpresa aquella llave era un tanto especial. A pesar del paso del tiempo, conservaba todo el dibujo perfectamente, y su forma original también. Aquello era bastante raro. Lo lógico es que se hubiera ido deformando con el avance del óxido. Pero no, aparentemente sólo estaba cubierta de una capa de suciedad. Mis ojos la escudriñaron con ávida curiosidad. La empuñadura de la llave tenía un repujado muy trabajado, como si alguien hubiese querido darle el valor que ella representaba. Algo parecido a una paloma formaba una especie de bajorrelieve. Además, me llamó la atención una extraña muesca, como una especie de estrella. “Bien”, pensé. c

–Creo que tienes muchas cosas que contarme –dije casi en un susurro a la vez que la miraba con fijeza–. Mejor te investigo luego –añadí con cierta ilusión.

Entonces volví mi atención a lo que me había parecido un grafiti. Con cuidado fui frotando la pared y quitándole el polvo que el paso del tiempo había depositado hasta dejar las inscripciones al descubierto. Sorprendido, comprobé que allí había un montón de frases escritas por distinta mano y en distinta época. Pensé que aquello era un epistolario. Miré a mi amigo, que al ver la llave se había detenido en su descenso. Comprendí al instante que estaba tan sorprendido como yo. Su cara denotaba los grandes esfuerzos que tenía que hacer para mantener la boca cerrada. Pero, a pesar de todo, los ojos abiertos como platos delataban su sorpresa.

–¿Qué piensas? –le pregunté.

–Pues, no sé, no tengo ni idea de qué va todo esto –contestó con cara de asombro.

–¿Y no sientes curiosidad por descubrir el misterio de esta llave? –le instigué yo mientras la esgrimía cerca de su rostro. No hizo falta nada más. No podía dejar pasar aquel reto oculto.

–Claro que sí –contestó desafiante–, como que estoy dispuesto a hacer una apuesta contigo –añadió en plan fanfarrón otra vez.

–Tú dirás –respondí yo con curiosidad.

La rivalidad entre amigos acababa de aflorar.

–Dinero no puede ser –me dijo mientras bajaba la mirada como intentando pensar en algo que me humillara de verdad, algo que no se pudiera olvidar en mucho tiempo. Tan seguro como estaba de su victoria, sólo podía pensar en lo que me incomodara a mí.

–No, sólo dinero no, pues no tendría mérito –interrumpí yo con cierta maldad.

–Tiene que ser algo que doblegue la vanidad del otro –susurró Andrés. Sus ojos se habían arrugado mientras lo decía, convencido de su éxito.

–¡Exactamente! –grité yo alborozado–. Y creo que ya lo tengo –apostillé mientras una luz maquiavélica se encendía en mis ojos. Sí él estaba seguro de mi derrota, yo pensaba lo mismo de la suya–. El que antes descubre el misterio de la llave tendrá al otro por mayordomo durante un mes.

No lo dudó mucho. Aquello le pareció a mi amigo suficientemente humillante.

–Acepto, Fermín –exclamó Andrés con una gran risotada.

–Me parece muy bien, Sebastián –contesté yo–. Para partir los dos con las mismas reglas y posibilidades, ¿qué te parece si hacemos unas fotos y dos réplicas exactas de la llave? Eso sí, la original quedará en manos de un tercero, que desconocerá por completo todo lo referente a su hallazgo y nuestra apuesta. Además, sólo podrá abrir el paquete que le entreguemos en presencia de ambos –exclamé con satisfacción.

–Me parece bien –contestó Andrés. El entusiasmo se notaba en sus ojos cuando añadió–: Se lo podemos dejar a nuestro amigo Javier, en el banco, en una de las cajas de seguridad que sólo se podrá abrir en presencia de ambos.

Con un “conforme” sellamos nuestro pacto. Acto seguido bajamos de la pared, en la que llevábamos colgados veinte minutos y nos pusimos manos a la obra.

La rivalidad e intensidad del partido había desaparecido, aquello era más importante y había despertado en nosotros cierta curiosidad por el descubrimiento, pero sobre todo, por lo desconocido.

¿Qué sería aquello?, me preguntaba, ¿desde cuándo estaba allí? ¿quién lo había dejado? Preguntas y más preguntas que mi mente no podía responder. Miré a mi amigo y pude ver en su rostro que a él le ocurría lo mismo.

Lo primero era sacar unas fotos de las inscripciones para poder estudiarlas sin tener que estar suspendidos de la pared; después, hacer copias exactas de la llave. Al cabo de media hora estábamos fotografiando al detalle todo aquello con una Polaroid. Para más seguridad subimos unos papeles de alto gramaje y un carboncillo, y recordando cómo jugábamos a espías en el colegio, poniendo un papel sobre un relieve y rayando con un lapicero, con paciencia y relevándonos copiamos al detalle todas las inscripciones e incluso las figuras del fondo.

Como he dicho, todo aquello nos había hecho olvidarnos del partido, pero no nos importó. Eran las seis de la tarde cuando entrábamos en casa con todo el material.

Luego le tocó el turno a la llave.

–Andrés, ¿tienes algún tipo de limpiador suave? –exclamé mientras miraba con curiosidad y misterio la llave depositada en la palma de mi mano.

–No lo sé –respondió con cara de sorpresa–, espera un momento.

El sonido de una campanilla se dejó oír en la sala. Al poco apareció el ama de llaves.

–¿Desea algo el señor?

–Sí, Clara. ¿Tenemos un limpiador suave?

–¿Para qué, señor?

–Para esto –interrumpí–, necesitamos limpiar este trozo de metal –añadí mostrándole la llave.

–Creo que sí. Ahora se lo traigo.

Apenas había desaparecido el ama de llaves en busca del limpiador, pregunté a mi amigo:

–Oye, Andrés, tú tienes un escáner en casa ¿verdad?

–Sí, sí, además de última generación –contestó con satisfacción, y añadió con cierto tono ampuloso–, puede escanear incluso en tres dimensiones.

–Pues, ¿qué te parece si escaneamos todo el material?

–Perfecto. Así, aunque se estropee el papel siempre podremos consultar el ordenador.

–Exacto.

–Venga, vamos a ello –añadió con entusiasmo.

En ese momento nos interrumpió el ama de llaves con un bote en la mano.

–Aquí lo tiene, señor. Es casero, pero efectivo.

–Gracias, Clara –dijo con amabilidad Andrés–, puede retirarse.

Nada más abandonar el ama de llaves la estancia, me abalancé hacia el limpiador.

–¿Qué te parece si mientras tu escaneas el resto, yo me dedico a limpiar esta llave? Tengo curiosidad por descubrir cómo es sin esta mugre –mientras hablaba no podía apartar mis ojos de ella.

Andrés, a quien limpiar no le atraía, aceptó al instante.

–De acuerdo, mientras yo me divierto con el escáner, tú te entretienes quitando mierda –y sin prestarme más atención se puso a la tarea.

Con mucho cuidado fui empapando la costra que cubría la llave. Al principio parecía no hacer ningún efecto sobre la suciedad, pero pasados unos minutos comencé a ver los resultados, ¡y qué resultados! Bajo la capa de suciedad acumulada por el tiempo empezaba a brillar, pero no con un brillo metálico, sino con un precioso color dorado.

Aquello me espoleó en la limpieza. Poco a poco una preciosa llave de oro se iba mostrando otra vez al mundo después de tanto tiempo. Ilusionado por el descubrimiento, llamé a Andrés que estaba escaneando la documentación.

–¡Andrés!, ¡Andrés!, mira...

–¿Ya la has limpiado? –preguntó sin mirarme.

–Tú ven y observa esta maravilla.

Espoleado por mi elocuencia, dejó el escáner y se acercó, para quedarse sin palabras delante de la llave. Ante nuestros ojos, el patito feo que habíamos llevado a la casa se había convertido en un precioso cisne. El cuerpo era de oro puro, al igual que el anillo que servía para manejarla. Éste tenía tres rubíes colocados cada noventa grados a partir del cuerpo de la llave. Encajado o montado en su interior un rubí mostraba en el centro un hueco en forma de paloma. El cuerpo que unía este anillo con el paletón tenía incrustaciones de diamantes, y el paletón tenía en su interior una oquedad en forma de cruz. Durante unos minutos nos quedamos sin habla. De vez en cuando nos mirábamos con cara de páñfilos ante lo que habíamos descubierto.

–Bueno... –me atreví a romper el encanto–, necesitamos acabar el trabajo y escanear esta preciosidad.

–Sí, sí, claro –dijo mi amigo sin apartar sus ojos de la llave.

–Pues, manos a la obra.

Durante una hora estuvimos escaneando todo el material. El de la llave fue excepcional, parecía que la estábamos viendo en tres dimensiones con todo tipo de detalles. Cuando estuvimos satisfechos del resultado hicimos varias copias que guardamos en el disco duro y en un par de *pendrives* que nos guardamos.

Entonces Andrés comentó:

–Bueno, primero nos ocuparemos de la llave, ¿qué te parece?

–Perfecto –contesté casi con euforia–. Pero si no te importa podríamos mantener todo esto en secreto. Será nuestro juego. Sin saber de qué se trata, mejor que quede entre nosotros, ¿te parece?

–Conforme –contestó Andrés–, no me gustaría que todo fuera una tontería y nos convirtiéramos en el hazmerreír de toda la región.

–Aunque la hermosura de esta llave compensaría las bromas –añadí muy serio mientras observaba aquella belleza.

–Sí, pero... –Andrés no podía olvidar que era el decimonoveno vizconde de Agrotán.

–Sí..., tú tienes que mantener tu reputación intacta, señor vizconde –comenté con jocosidad.

Tras unas alegres carcajadas nos pusimos a pensar en un cerrajero.

–¿Qué te parece Paxton? –preguntó Andrés sin darle más importancia.

–¿Paxton?

–Sí, el cerrajero de Pinkerville –apostilló.

–Ah, sí, perdona. Estaba pensando precisamente en la llave. En lo bien repujada y adornada que está. Su dueño o dueña, debía tener un gusto exquisito.

–Y también un alto poder económico –añadió Andrés con jocosidad–. Pero bueno, ¿qué te parece Paxton?

–Me parece bien –contesté–, creo que en Pinkerville es el único capaz de realizar este trabajo –añadí.

–Cierto –afirmó Andrés.

Paxton era un hombre mayor a punto de jubilarse. Su vieja cerrajería estaba situada en el centro del pueblo, tras el ayuntamiento. Sus días de gloria hacía tiempo que habían pasado, y ahora, con todas esas máquinas que reproducen al instante tus llaves, el negocio apenas le daba para seguir malviviendo. Pero no le habían podido quitar su prestigio de mejor cerrajero de la región.

Había aprendido el oficio de su padre y éste del suyo, cuando las puertas no eran un impedimento para visitar al vecino o al amigo, pues casi nunca estaban cerradas. Cuando cada llave era una obra de arte personalizada en la que los motivos ornamentales muchas veces reflejaban la posición de su propietario o el destino para el que había sido fabricada. La mayoría, las más sencillas, estaban destinadas a abrir las cuadras donde se guardaba el ganado. Después ya cada uno elegía el motivo para las de los hogares, puertas de jardines, casas señoriales, en las que estaba repujado el escudo familiar. Pequeñas y finas para pequeños secreteres o cofres donde las doncellas guardaban sus secretos de amor, cuyas llaves escondían con celo entre los apretados pechos. Pero aquello ya pasó. Las impersonales llaves actuales apenas se diferencian por sus muescas. Pero la nuestra merecía el trato, la experiencia y el conocimiento del señor Paxton.